

Alvaro de Córdoba

En aquel puñado de escritores mozárabes que, repuesta la desbandada consiguiente a la catástrofe del Guadalete, se proyectan en perspectiva histórica como los restos de la flota de Eneas en los mares de Sicilia, Paulo Alvaro de Córdoba es la figura más destacada y representativa.

Vástago de ilustre familia cordobesa, de estirpe judaica entrecruzada con noble prosapia goda, oriéntase a las letras desde sus más tiernos años, que él ha de consagrar de por vida a destinos preferentemente apologéticos. Su cultura nos revela su formación básica en la Escritura, en los Padres y en una selección de poetas cristianos y gentiles.

De criterio éticamente austero y abstencionista en punto al uso de los clásicos en las letras cristianas, suelta progresivamente los frenos a la indulgencia, llevado de las aficiones de su pluma: censor austero en una primera fase, es amplio acogedor de reminiscencias clásicas en la práctica; testigos sus Cartas y sus Versos.

Más intransigente es como debelador doctrinal contra los resabios rezagados adopcionistas que cree descubrir en su corresponsal amigo Juan de Sevilla; o contra los brotes antitrinitarios de ciertos círculos cordobeses; o contra las blasfemias y negaciones antimesiánicas del apóstata Eleazar. Su pluma no está tan disciplinada en la terminología teológica, que un crítico escrupuloso no tenga que tildar algunos de sus rasgos de sabelianismo involuntario; pero su intención y actitud temática y refleja se contienen en el marco de la más ceñida ortodoxia.

Sabe utilizar el arsenal hereditario de San Isidoro de Sevilla y de San Julián de Toledo. Hase apoderado de amplios extractos de San Agustín, San Ambrosio, San Fulgencio, Euquerio de Lyón, Heterio y Beato de Liébana, de la Collectio Hispana y de los incógnitos Vicente, Teudula y Basilisco. Posee antologías y florilegios—floscula—del patrimonio patristico. Pero San Jerónimo se lleva en sus recuerdos la parte del león. Como en otro tiempo para San Braulio de Zaragoza, aunque en mayor escala y más amplia base, San Jerónimo es el autor favorito que le presta sus traducciones del griego, sus propios razonamientos, sus proverbios, sus fórmulas estilísticas de transición, sus epítetos acerados y restallantes contra el adversario.

El estilo es digno y elevado en general; hinchado y enfático en muchas ocasiones; afanosamente trabajado siempre.

Es el apologista mejor equipado entre los mozárabes: el temperamento polé

mico más aguerrido; el estilista más personalmente complejo; finalmente, lo diremos con un epíteto robado a su literatura, el índice luminoso de la Iglesia mozárabe.

Su Epistolario es uno de los documentos más valiosos para la historia de la Iglesia mozárabe del siglo IX. Sus veinte piezas, ricas en la variedad compleja de la vida que reflejan, con la objetividad espontánea que el género epistolar lleva consigo, son un resquicio abierto que nos hace sorprender el decurso de aquellos días, con sus contiendas literarias y doctrinales amistosas y sus polémicas enconadas antijudías, sus preocupaciones ante los brotes heterodoxos en la convivencia forzosa con el Mahometismo, y sus consultas teológicas de quien se apercibe a la defensa de la fe, lo incierto y desorientador de un ambiente revuelto de amenazas y el heroísmo de quienes desafían el peligro y la muerte misma. (1)

1. Fuentes biográficas

Paulo Alvaro, como él mismo se llama en sus Cartas, hace su aparición en nuestra historia literaria enmarcado en la escuela abacial de Esperaíndeo. En ella se describe a sí mismo, juntamente con su fraternal amigo San Eulogio, envuelto en aquel rumor de colmena, animado por la enseñanza viva del venerado maestro, en una red de ejercicios escolares mutuos, donde se delinea ya en esquema la índole de la actividad literaria desarrollada durante su vida: estudio sabroso de las Escrituras y de los Padres—una reminiscencia jeronimiana sella ya desde aquí un matiz de su estilo—simulacros de contiendas doctrinales juveniles, que redactaban en forma epistolar, recíprocos ditirambos, finalmente, en versos rítmicos:

Factique sumus auditores viri, inquisitores veri, amatores nostri: in tantum ut illa aetas indocta sibi an concessa praesumeret. Agebamus utrique Scripturarum delectabilem lusum, et schalmum in lacu nescientes regere, Euxini maris credebamur fragori. Nam pueriles contentiones pro doctoribus, quibus dividebamus, non odiose, sed delectabiliter epistolatim in invicem egimus, et rítmicis versibus nos laudibus mulcebamus. Et hoc erat exercitium nobis melle suavius, favis iucundius, et in ante nos cotidie extendentes, multa inadibilia tentare in Scripturis, puerilis immatura docibilitas coégit. Ita ut volumina conderemus, quae postea aetas abolenda, ne in posteros remanerent, decrevit.

(1) Reproducimos, como el mejor homenaje a la magnífica edición crítica hecha por el P. José Madoz, S. J., Decano y Profesor de Teología en la Facultad de Oña, Correspondiente de nuestra Academia cordobesa, del «Epistolario de Alvaro de Córdoba» (Instituto Francisco Suárez, Madrid. 1947), las palabras al lector y el primer capítulo de la obra en que se estudia y exalta la gran figura del ilustre escritor mozárabe. Prescindimos del aparato bibliográfico, que puede ser consultado en la obra original.

Sus propios escritos y los de San Eulogio son las únicas fuentes de donde ha de deducirse su biografía y actividad en las letras.

2. Familia

La tradición antigua, consignada en manuscritos, le dió el título de *Cordobés*. Amigo de la infancia de Eulogio, el cual era «*Cordubae civitatis Patritiae Senatorum traduce natus*»; condiscípulo suyo, como se ha dicho, en la escuela de Esperaindeo, junto a San Zoilo, envuelto de por vida en las causas y vicisitudes de la Iglesia de Córdoba y de sus mártires, estos datos y la actividad descrita en sus obras, en consonancia con el contenido de los escritos de sus coetáneos cordobeses, determinan ciertamente su origen cordobés.

Pocas son las fechas ciertas que pueden anclar los hechos de su vida en el decurso de la época mozárabe. Todas ellas fijan el florecimiento de su actividad hacia la mitad del siglo IX. Su Carta XVI, y toda la controversia con Eleazar poco más o menos, se fecha «*anno Incarnationis Domini octingentesimo quadragesimo*» (n. 6). El *Indiculus luminosus*, «*in hoc Incarnationis Domini anno octingentesimo quinquagesimo quarto*» (n. 21). Escritos que arguyen su formación en plena madurez, y que, por lo mismo, parecen colocar su nacimiento en los comienzos de aquél siglo. La cronología de sus obras, que más adelante precisaremos, viene a confirmar esta inducción.

Su estirpe judaica parece cierta, por confesión propia. Contra el judío Eleazar, que alegaba en su favor la predilección de Yahvéh por Israel, en contraposición con el desvío por los gentiles, responde entre otras cosas:

Ceterum liberior mihi responsio, et brevior, imo clarior exstat: eo quod ex Israelis stirpe descendens cuncta mihi glorier dicta, que tibi tu adplaudis excerpta (XVIII, 5).

Esta confesión espontánea y dicha como de pasada, posee, a mi modo de ver, eficacia decisiva sobre el caso. A continuación se esclarece más todavía en vivo contraste, al enfrentarse con la condición de Eleazar, el cual era judío solamente por su fe, no como Álvaro que lo era por su linaje y por la fe, cristiana si, pero heredera y continuadora de la fe israelítica:

Prudenter intellege et conice sapienter et eque arbiter esto. Quis magis Israelis nomine censerí est dignus? Tu qui, ut dicis, ex idololatria ad summi Dei cultum reversus es, et non gente, sed fide iudeus es; an ego qui et fide et

gente hebreus sum? Sed ideo iudeus non vocor quia *nomen novum* mihi impositum est quod *os Domini nominavit*. Nempe pater meus Abraham est, quia maiores mei ex ipsa descenderunt traduce (XVIII, 5).

Entender estas declaraciones en un sentido menos propio y real, solamente en cuanto que todo cristiano puede llamarse judío miembro de una religión que continúa en el Cristianismo, la religión judaica, sería privarlas de su valor nativo y espontáneo. En el siglo noveno, en que escribía Alvaro, no se ve ya tan fácil esa denominación alegórica un tanto desviada.

No quiere esto decir, por el otro extremo, que Alvaro fuera un convertido personal del judaísmo, como algunos parecen insinuar. No hay en sus obras ni en las de sus colegas alusión alguna a tiempo anterior de su vida en que hubiera estado alejado de nuestra fe. Desde sus más tiernos años se le ve bullir con Eulogio en una escuela cristiana. Él confiesa de sí, a Eleazar, que no sabe la lengua hebrea: «Scis nos ignaros lingue hebreæ» (XVI, 4). De tiempo atrás, al parecer, se contaba su familia en el Cristianismo. Su padre, por testimonio del abad Esperaindeo, era capaz de censurar sus escritos dogmáticos:

Quidquid enim absque norma veritatis paternitas ibidem persenserit domni nostri, vestri genitoris, mox illud emendet velocitas scriptores: et me iterum clam instruat, ut olim fecit alios, gratia vestri honoris, et celet inscium atque ignarum vestra solertia cordis, ita ut errorem nemo sentiat foris: quia ad emendandum vel demendum, atque addendum, celsitudini vestre est destinatum (VIII, 3).

Hasta se habla en la Carta IX, 3-4, de ciertas donaciones hechas a un monasterio por su padre, si bien es verdad que más parece que todo ello provenía eficazmente de Alvaro y no de su progenitor.

Pero no menos cierta es también su ascendencia goda, de que él hace alarde, proveniente tal vez de diversos enlaces matrimoniales de su familia. Así, en la última Carta que dirige al apóstata Eleazar blasona arrogantemente de pertenecer a la raza goda, la que se hizo temer de Pirro, de Alejandro y de César, como dice, copiando los títulos de gloria que Orosio, y después de él San Isidoro, celebran en el pueblo identificado con España. Es verdad que el hecho de ser al fin ésta una cita ajena, la desvirtúa un tanto como manifestación personal; pero a nuestro modo de ver, no la destruye enteramente. Era el *serenísimo Aurelio Flavio Paulo Álvaro*, según le llaman sus corresponsales; títulos que, en su arrogancia, recordaban también las aspiraciones imperialistas del pueblo de Leovigildo.

Esta orquestación de títulos nobiliarios que se cruzan entre Juan de Sevilla y Alvaro de Córdoba, y que a este último dirige su maestro Esperaindeo—«inlustri eximio celsoque Albaro Ioannes»; «Inlustriissimo mihi domno ac venerabili... inclyto Albaro Speraindeo»; «Vale in Domino Iesu Christo serenissime frater»; «serenitas vestra, excellentia vestra, vestra benignitas, celsitudo vestra», etc.—por muy conformes que aparezcan con las exigencias de la urbanidad y de un tratamiento cortés y político, parecen reclamar todavía un rango especial de nobleza en el apologista cordobés.

Su amistad con Eulogio, descendiente de encumbrada familia, vendría a confirmar esta apreciación. La competencia literaria y doctrinal del padre de Alvaro, reconocida, como poco ha indicábamos, por el Abad Esperaindeo (VIII. 3), el bienestar material de su familia, del cual hay varios indicios en su correspondencia con Juan de Sevilla y en la Carta IX, favorecen este mismo juicio.

Pocos indicios podemos reunir acerca de sus familiares. De su padre hay mención, como acabamos de indicar en la Carta VIII, de Esperaindeo. Otra alusión, que vagamente se hace en la correspondencia con Juan de Sevilla, ha planteado el problema del parentesco de este personaje con Alvaro, como si ambos tuvieran un mismo padre. Al fin de la Carta II, encomienda Alvaro a Juan:

Patrem nostrum communem domnum Ioannem salutari expecto, omnemque cognationem nostram (II, 3).

La misma designación ocurre, recíprocamente, al contestarle el Hispalense:

De trium vero ancillarum vestrarum migratione ex ore patris communis audivi intégre (III, 9).

Ese término de «padre común» puede muy bien entenderse, como cuerdamente conjetura Flórez, el padre de las mujeres de ambos amigos, ya que, según vamos a ver al punto, ambos eran casados, y el trato mutuo que por otra parte se observa en sus cartas no fuerza a reconocer entre ellos vínculos de fraternidad estricta.

Recíproco es también entre los dos amigos el saludo que en sus cartas envían a «la hermosura de la casa» respectiva:

Salutare presumo per os vestrum omnem decorem domus vestre (III, 9).

Si ausum datis, salutamus omnem pulchritudinem domus vestre (VI, 10).

Alvaro, a su vez, había escrito a su amigo:

Opto per te decorem domui vestre salutare (II, 3).

El paralelismo de estas frases con el Salmo 67, 13: *Et speciei domus dividere spolia*, juntamente con la reminiscencia verbal del otro Salmo, 25, 8: *Dilexi decorem domus tuae*, atendida la delicadeza con que ambos amigos se hacen estas recomendaciones y el verlas juntas con otras evidentemente dirigidas a parientes, fijan, sin duda, el sentido indicado.

Para Alvaro, en particular, hay otros indicios manifiestos. Juan le envía su condolencia con la pérdida de tres *ancillae*, añadiéndole motivos de cristiana resignación:

De trium vero ancillarum vestrarum migratione ex ore patris communis audivi integre: *Nolite contristari, sicut et ceteri qui spem non habent. Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum in secula. Oportet nos per multas tribulationes venire ad Christum, Domino dicente: Mundus gaudebit, vos autem tristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium* (III, 9).

El dolor intenso que por este caso manifiesta Alvaro, hace ver en el término vago de *ancillae* el significado propio de *hijas*:

Secundam epistolam vestram tristes et pene ad inferos usque dimersos accepimus, et vel quantulumcumque in doloribus solamen ex amici scripta nos habuisse cognovimus. Ad quam respondere nil pre lacrymis potuimus, quia et musica in luctu importunam vel intempestivam narrationem a maioribus dictam perlegimus (IV, 36).

Entre una ulterior parentela, que queda en la penumbra, tal vez quepa nombrar a la noble matrona Froisinda, cuyos saludos, juntamente con los de sus hijos le transmite Juan desde Sevilla en su Carta III:

Salutat vos domina Froysinda cum filiis suis, sani et incolumes, et tritici multitudine locupletes (III, 9).

Una alusión de humildad emocionada a este su estado secular se ve en aquel contraste cadencioso y rítmico, como el de una estrofa, con el que contrapone Alvaro, hablando de la vocación eclesiástica de Eulogio, el rumbo diverso que tomó su propia vida:

Sed ille sacerdotii ornatus munere, pennis virtutum in sublime evectus, altius evolabat; ego luxuriae et voluptatis luto confectus, terra tenus repens hactenus trahor.

Alvaro fué lego de por vida. Alguien ha sospechado que acaso en su edad madura hubiera abrazado el estado monástico. En la Carta XVI, 2, lamentaría amargamente los insultos calumniosos del judío

Eleazar contra su vida de renunciamiento, castidad y mortificación de todo género:

...Et quem scis parentum prædia reliquisse, vel opes largas, amore pecunie dicas iniectum? Necnon et libidinibus arguis virum etiam conscientia castum, qui ob virginitatis studium ieiunia, squalorem, vel oblectamenta mundialium respuit facultatum? Qui enim sua dimisit, qualiter amore pecunie aliena quesivit? (XVI, 2).

Pero, si bien se observa, los rasgos aquí descritos convienen a San Jerónimo, a quien Alvaro trata de defender contra el adversario judío. En efecto, ahí se habla de uno que no se encuentra ya entre los vivos:

... non solum absentem verum etiam quietudine eterna fruentem ita caninis morsibus lanies? (*Ibid*).

De él mismo se dice a continuación:

Ipse abyssus scientie et inadibilis oceanus Iheronimus, si hodie superesset, te plane respirare non sineret, sed spinis quibus contegeris enudaret: et quasi victor, ut solitus erat de omnibus triumphare, aut in suum te deduceret agmen, aut te semivivum in terras ultimas asportaret; ac te philosophorum vel iudeorum glorianter doctrinis ita deiceret, ut solita constantia tibi illa verba cantaret: «Habesne ultra quo nervos loquacitatis tue extendas?» (XVI, 2).

La contraposición «si hodie superesset» corresponde al «quietudine eterna fruentem» del mismo párrafo, poco más arriba. Alvaro va a exponer en esta carta la doctrina de los comentaristas de la Escritura sobre varios vaticinios mesiánicos; y, antes de comenzar por el mismo San Jerónimo quiere defenderlo contra las invectivas del *Transgresor*, especial adversario del gran polemista entre los Padres:

Nam hunc nostrum, et vere dignum non solum mundo sed etiam celo Iheronimum, quem irrationabiliter detestaris, nescio ut quid eum dente rabido mordes, cuius editionem hactenus nescis (XVI, 3).

3. Formación literaria

Su formación humanística y doctrinal, generosamente ambicionada ya desde los días juveniles, llegó a un grado nada vulgar en un laico. Su obra literaria se extiende a los más variados géneros: epistolar, biográfico, polémico, apologético, ascético, poético. A falta de originalidad y elaboración personal, dotes éstas impropias de una época que se nutría de testimonios del pasado, es de admirar en su

producción la erudición patristica y tradicional, y las reminiscencias de todo género que esmaltan su lenguaje. Más adelante analizaremos detalladamente el contenido de su Epistolario. Vamos a enumerar aquí brevemente el conjunto de sus escritos:

Del 854 es su *Indiculus luminosus*, contra el Islam, de estilo vehemente, apasionado y cargado de imágenes, en defensa de los mártires. Muerto Eulogio, Alvaro le dedica un monumento de piadosa amistad en su *Vita Eulogii*, biografía entusiasta, llena de frescura y movimiento, y de gran interés para la historia de aquellos días. La *Confessio*, plegaria cálida y conmovedora, recuerda al *Lamentum* pseudo-isidoriano y a otros. Diez piezas poéticas, métricas, aunque con los defectos de la decadencia, que no desdeñan la rima en ocasiones, muy trabajadas, llenas de reminiscencias clásicas y de los poetas cristianos españoles, valioso documento para el estilo de la metrificacón y lenguaje poético medievales: su *Carmen de Philomela* está calcado en el del mismo título de San Eugenio. La misma dependencia pudiera notarse respectivamente en otras piezas. Unas veinte *Cartas*, finalmente, forman su correspondencia, preciosas en múltiples aspectos doctrinales, literarios y circunstanciales, en ellas reflejados.

En un capítulo correspondiente de esta introducción se hará el estudio de las citas en el Epistolario de Alvaro. Aquí incluimos solamente un recuento de los autores por él utilizados:

Entre los Padres y otros escritores antiguos cita explícitamente testimonios de Agustín, Jerónimo, Ambrosio, Gregorio M., Cipriano, Fulgencio de Ruspe, Atanasio (=Apolinar de Laodicea), Cirilo de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea, Junilio, Euquerio de Lyon, Claudiano Mamerto, Ps. Agustín (=Vigilio de Tapso), Flavio Josefo, Ps. Hegesipo (=Ambrosio?), y un gramático desconocido. La tradición española está en él representada por Isidoro de Sevilla, Beato de Liébana, Vicente, Teudula, Basilisco. De poetas explícitamente cita a Sedulio, Juvenco y los *Disticha Catonis*.

Contiene además innumerables citas calladas y reminiscencias, que se especifican en el aparato crítico de nuestra edición, de Jerónimo, Julián de Toledo, Isidoro de Sevilla, la *Collectio Hispana*, el Ps. Ildefonso, y de los poetas Virgilio, Draconcio, Eugenio de Toledo y tal vez Ovidio. A Persio, Lucano y algún otro los cita a través de Jerónimo e Isidoro de Sevilla.

Sin llegar a los entusiasmos de Bourret, que le supone conocedor de todos los clásicos de la antigüedad, hay que reconocer la erudi-

ción no despreciable de Alvaro. La discusión humanística con Juan de Sevilla, que luego comentaremos, en torno al nombre de Donato como al del gramático por antonomasia, dice mucho también acerca de la formación y de las preocupaciones de Alvaro.

Con pluma impregnada de admiración y de amistad llama Eulogio a su amigo: *doctor egregius et temporis nostri fons sapientiae profluus*. Nunca se extinguió en los dos amigos aquél ardor entusiasta por las letras, encendido y fomentado con el amoroso trato desde la infancia. Las leyes métricas que Eulogio restauraba entre los suyos desde la cárcel, fueron grato presente y, sin duda, nuevo incentivo de su actividad literaria:

Ibi metricos, quos adhuc nesciebant sapientes Hispaniae, pedes perfectissime docuit, nobisque post egressionem suam ostendit.

El dúo de la amistad entre Alvaro y Eulogio, complementaba mutuamente el carácter y tendencias de los dos amigos. Eulogio reconocía la formación literaria superior de Alvaro, y a su crítica sometía sus propias obras, que después encabezaba con sus cartas. Alvaro, a su vez, veneraba el sacerdocio de Eulogio y admiraba su elevación de miras. El martirio vino a canonizar estas relaciones en la *Vita Eulogii*, que Alvaro dedicó a su amigo, para perpetuar su memoria en cordial y sentido panegírico.

4. Alvaro en la vida de la Iglesia mozárabe: Su actividad literaria

Alvaro, aunque laico, supera, como se ha dicho, a su amigo en formación literaria y perfil original. En lo que, a través de sus escritos, sabemos de su vida, repercuten los ecos de la sociedad cordobesa de Abderramán II: persecuciones, apostasías, desórdenes eclesiásticos, contiendas teológicas, sacrificios y heroismos.

Las Cartas IX-XIII nos dan a conocer el estado de penitencia a que por voto, durante una grave enfermedad, se había sometido Alvaro, y las dificultades por que atravesaba la Iglesia de Córdoba con la intrusión de un obispo extraño. El criterio que había de seguirse ante el problema de los martirios espontáneos dividía asimismo los ánimos.

La actitud de Alvaro en esta última causa fué orientadora y sobresaliente. Aun siendo, como era, un simple laico, a él acudían los fieles, como el mártir San Aurelio, a pedirle consejo sobre el ofrecerse espontáneamente al martirio. A las circunstancias y a su prudencia vigilante se debió la adaptación diversa de su criterio, entusiasta y animador por una parte, como en el caso de Eulogio, según puede

verse en las Cartas a él dirigidas y en el relato de su *Vita*. cauto y reposadamente mesurado en la consulta de Aurelio. Tan lejos estuvo de la cobardía ante el martirio, como del arrojo fanático y precipitado.

Nada sabemos de las circunstancias de su muerte. Tal vez este hecho apoya la conjetura de que no fué mártir. Fué con sus escritos el alentador y panegirista de los mártires.

El martirio de Eulogio el 11 de marzo del año 859 es la última fecha de referencia para la vida de Alvaro. La *Vita Eulogii*, emocionada en su estilo, con los hechos narrados del amigo, debió de escribirse poco después, tal vez en 860. Por entonces también se completó, con el *Himno* a Eulogio, la redacción de sus *Versus*, jactanciosamente métricos, y de escasa inspiración, influidos por las reglas de Eulogio formuladas en 851. Sus dos *Cartas* a Eulogio están escritas en este mismo año de 851, dirigidas a la misma prisión del amigo, y relacionadas con las mártires Flora y María, que murieron el 24 de noviembre de ese mismo año. El *Indiculus luminosus* se escribió, según ya se dijo, en 854. Prometía un segundo libreto (n. 21), que hoy no se conoce y que probablemente no llegó a escribirse: el copista, que a continuación del primer libro incluye ya copias de obras extrañas en el código, no conoció, sin duda, un segundo libro de aquella obra.

También es fruto de sus últimos días, de hacia el año 860, la *Confessio*, canto del cisne, elación inflamada de afecto a su Dios, a quien acude como pecador que solicita instantemente la libertad del señorío del demonio. No se parece sino en el título a la obra de San Agustín, himno grandioso de agradecimiento a la mano de su Creador, que le ha libertado del error y del pecado.

Había precedido su enfermedad y la debilidad consiguiente, de que se habla en su Carta a Romano: «*Debilitas iam iamque moriturum incurvat*» (IX, 3); y de ella no debió ya de reponerse definitivamente. El periodo turbulento que se abre para la Iglesia de Córdoba desde la consagración de Valente en 862, por parte de los indignos obispos Hostegesis de Málaga y Samuel de Elvira, no le halló ya entre los vivos. Su nombre de apologista infatigable hubiera sonado sin duda alguna en los documentos de aquellos días.

Un siglo más tarde, el obispo mozárabe de Elvira, Recemundo, redactaba en Córdoba, para el califa Alhaquem II, un calendario meteorológico, agronómico y al mismo tiempo hagiográfico. En él se lee, el 7 de noviembre: *In ipso est festum Albari in Corduba*. Esta noticia hagiográfica sobre Alvaro no se halla en ningún otro calendario. Tampoco se recogió en nuestro Martirologio actual.